RUTILIO, POETA EN UN IMPERIO QUE MUERE*

DR. CARLOS A. DISANDRO
Universidad de La Plata, Argentina

I

La filología latina, capítulo fundamental de la filología clásica, y ésta de la Filología a secas, es la ciencia de las totalidades recurrentes en el difícil y vasto contexto de la semántica latina. Su competencia tan compleja, en los horizontes posteriores al siglo V, en el transcurso de una Edad Media, densa y poderosa, y en el despliegue reconstructivo de las lenguas romances, sin excluir su expansión por América, define la singularidad de la filología latina frente a la griega, que abre un campo de inteligibilidad de otra naturaleza, que no es del caso analizar aquí. Conviene señalar asimismo, para orientarnos en estas reflexiones recapitulatorias a propósito de un poeta tardío, la distinción de tres etapas fundamentales en la historia de este saber de la lengua y la cultura de Roma. La primera que denominaría el asombro ante el redescubrimiento o relectura de los textos, como si fueran un contingente inexplorado, correspondería a los siglos XV - XVII. La segunda, de reconstrucción depurada, propone la entera recognición del campo semántico. Ella se extiende hasta muy entrado el siglo XX, y genera junto con otras circunstancias espirituales de Occidente, la crisis del saber clásico. La tercera etapa en fin que se distiende en los aledaños profundos de esa crisis define la inteligencia directa e interiorizadora de ese contorno semántico, no como exploración arqueológica de una ciudad muerta, sino como incorporación a la lumbre que esos textos o ese lenguaje comportan.

Al releer estos dísticos de un modesto poeta que parece cancelar la grandeza de Roma, esplenden sin embargo las más hondas y categóricas virtudes romanas: la veneración por la tierra y el cielo, los *numina* severos y conciliantes, la sentencia del hombre que funda, el brillo de la palabra que anida fulguraciones intocables, la comunidad con los muertos que vigilan según una vida más alta, en fin la *consonantia rerum* que esconden expectativas sagradas. Pensamos además que Rutilio, tras la sagrada sombra conciliante de Augusto, en el recóndito sosiego de los Campos Elíseos, afirma de modo inconfundible la grandeza imperecedera de Roma. La relectura del poema nos encuentra por otra parte en un lapso de revocaciones culturales y de requerimientos críticos, que obligan a afinar las inferencias, para salvar en las resonancias latinas del poeta el mensaje nítido de un alma conmovida. Es pues un ejercicio de *filología* en el más noble y profundo sentido del vocablo.

En la curva de una lengua poética encontramos siempre espejados los contrastes, las culminaciones, las profundidades intuitivas del mundo y del hombre. Reconstruimos

*Ponencia presentada en la *V Semana de Estudios Romanos* realizada en 1977.

además los ámbitos contradictorios de una época, el sentimiento de lo que emerge o caduca, la melancólica costumbre del hombre de creerlo todo inane o todo glorioso, todo emergente o todo declinante. Cuando estamos en los orígenes, una fuerza que concibe y configura alía el sentimiento de la vida, el decurso trágico de la existencia mítica, el contorno arcaico de un espacio donde las rocas y los templos, los árboles, las aguas y los montes perduran siempre como totalidades irrevocables, donde el gesto de los hombres es siempre solemne y denso, y por serlo nos transfiere todavía la radicación en lo sacro, o como dice Hölderlin en un verso magnífico: *Immerdar gilt dies, dass alltag ganz ist die welt*[1].

Tal es lo que dentro de la lengua latina advertimos en Ennio, poeta de esas totalidades constructivas y dichosas. Pero cuando se trata de los períodos de revocación histórica de una estirpe, de los horizontes oscuros de una convivencia caduca con el mundo, de un desasosiego en el espacio ancestral que se disgrega, adviene un sentimiento agudo de recapitulación consoladora y trágica al mismo tiempo: consoladora porque se descansa en el término mayor originario; trágica porque se asigna al hombre el infinito rumbo hacia lo ignoto. Tal sería el caso de Rutilio Claudio Namatiano, último poeta de la Roma imperial que sucumbe ante el empuje germánico, último poeta de una experiencia romana de la totalidad del Imperio, en quien se confrontan dramáticamente Romanismo y Germanismo, Romanismo y Cristianismo. En Rutilio perdura después de Constantino el sentimiento de una lengua que es fundación del mundo, de una estirpe que es *virtus divina*, o *virtus deorum*; de un hombre romano, paradigma del hombre. Pero también en él resuena el contracanto de algo que muere, la melodía que es evocación de algo transcurrido, el doloroso conflicto con lo que adviene, sin que el poeta advierta la profundidad del giro.

Ubiquemos en primer lugar al poeta en aquellos años turbulentos de fin del siglo IV y primeras décadas del siglo V. El destino de Roma está sellado en las tempestades que la circundan, pero su nombre y su espacio teándrico permanecen intactos en el acceso de las nuevas estirpes y de los nuevos siglos: *stat Roma, dum volvitur orbis*. Por eso Rutilio fija en ese dramático siglo V un signo laudante imperecedero, como las piedras que no mueren en el imperio que muere; como los acueductos que anidan el fervor de las ondas fecundas en la discordia misteriosa de las estirpes; como las magníficas y gloriosas palabras de un latín más vasto que el mundo, más duro que las piedras, más fecundo que las ondas y que no puede morir en el trasiego de todos los imperios que esperan.

Rutilio no es romano, ni latino y ni siquiera itálico. Por los detalles de su poema sabemos que es galo, de la Galia trasalpina, y probablemente de Narbona, Toulouse o Poitiers. Pertenece a una familia de encumbrados funcionarios, sus amigos más nobles y entrañables se desplazan en la conducción política, en la milicia, en la administración, o bien son jurisperitos u oradores brillantes. Ni sale de una familia cristiana, ni se ha convertido al cristianismo cuyo trasfondo ni entiende ni acepta para el romano. En tiempos del emperador Honorio transcurre su *cursus honorum*, en cuyas implicancias y consecuencias realiza el viaje desde Roma a su tierra, tal como nos cuenta en el poema *de reditu suo*[2].

[1] *Sämtliche Werke und Briefe,* Ausgabe von FRANZ ZINKERNAGEL. Insel-Verlag Leipzig, 1922. I. Band. *Der Einzige* (segunda redacción). [*Siempre es esto válido, que cada día total es el mundo*].

[2] Texte établi et traduit par J. VESSEREAU et F. PRECHAC. Les Belles Lettres, (Paris, 1933). Asimismo he tenido a la vista, RUTILIUS CLAUDIUS NAMATIANUS, *De Reditu Suo.* Herausgegeben und erklärt von RUDOLF HELM. C. Winter, (Heidelberg, 1933).

Al abrir las páginas de una historia que circunda el nítido fervor de Rutilio, reavívanse la gloria y la sangre que evocan las figuras de Teodosio, Estilicón, Alarico, Honorio, Ataulfo y tantos otros. Epoca del desborde definitivo de las invasiones germánicas, entre las cuales es difícil todavía distinguir la fidelidad o la traición. Desborde que hace de las Galias el panorama de pillaje, ruinas e incendios que llegan a las posesiones de Rutilio, noticias que provocan el retorno del poeta a su terruño, viaje que estimula la composición del poema. Esta es la historia externa, identificable y circunscripta; pero late también un recatado espíritu anhelante, una contemplación que se ahonda y explaya, en fin una historia entrañada, menos ostensible y más íntima que coaliga los dísticos mansos o sublimes, y que nos proponen un Rutilio profundo y simbólico, historia de una ruina que se cierne con fuerza enigmática, historia de una palabra laudante que lo salva todo en el sublime ritmo del hexámetro. Una y otra ladera, la ostensible y la entrañada, asumen conflictos, magnos y decisivos; recortan presencias, sagradas o mostrencas, y sobre todo empeñan el vigor de una palabra que se ha hecho refugio, alabanza y convivio; de una historia menuda, la de un viaje, que se torna signo de una historia magna, la historia de una humanidad que ingresa en el signo romano de las cosas divinas y humanas (*rerum divinarum humanarumque*): divinas, porque atienden al rumbo irrevocable de todos los hombres; humanas, porque alían el rostro concreto de la piedra, el agua o las montañas, la roca, el río o el puerto conmovido, con la vigencia de un sello que concilia, de una sola patria que radica y exalta, de una mano augusta que funda, y cuando funda, salva con paciencia y destreza.

Distinguiré pues en esa historia recatada y entrañable tres motivos fundamentales que hacen de Rutilio un poeta venerable, no un cronista curioso y erudito. Hablaremos entonces del sentimiento del contorno celebrado; luego, del sentimiento de los conflictos históricos; y en fin, cerrando este ciclo de interpretación recapitulatoria, definiremos la romanidad de Rutilio en la perennidad de la *virtus*. Y así veremos que en el imperio que muere, un poeta, Rutilio Claudio Namatiano, abre una vez más la perspectiva de otro que perdura, que nace y que se ahonda: el imperio semántico de Roma, indestructible, porque refulge el *logos* teándrico, originario en Ennio, culminante en Virgilio, con resplandores de crepúsculo en Rutilio, poeta de una Roma que en sus ruinas aun hoy nos alimenta, nos rige y nos desborda.

II

La primera cuestión que plantea el poema es la del itinerario y en consecuencia la del inacabamiento del relato. ¿Llegó Rutilio a su terruño, cumplió su propósito de reordenar sus propiedades asoladas, y no tuvo tiempo entonces de completar el texto del poema? Dividido en dos cantos, el segundo se interrumpe bruscamente, en el verso 68, después de la invectiva contra Estilicón. Es casi seguro que hasta aquí el poema fue compuesto en el ocio del viaje marítimo, mientras que su conclusión habría sido postergada para el momento de su estadía en las Galias. O bien no llegó a escribir más por razones que se nos escapan, o bien la segunda parte pereció en las tempestades que signan estos siglos.

En efecto, Rutilio embarca en Porto en la desembocadura derecha del Tiber a fines de

octubre del año 416 ó 417[3], o sea hace 1560 años. Ha decidido desplazarse en pequeñas barcazas de cabotaje que permiten mantenerse cerca de la costa, y recalar en cualquier puerto, rada o sinuosidad. La primera parte de su itinerario es marítimo, y dura desde fines de octubre al 11 de noviembre, entre el puerto del Tiber y el puerto de Luna, inmediatamente después de Pisa. Desde allí según se supone ha seguido viaje por tierra hacia la Galia trasalpina, aunque de esto como dije no tenemos testimonio directo. El poeta descansa todas las noches en tierra y retoma su curso marítimo de madrugada y si el tiempo y el viento lo permiten. Sabemos precisamente que esa forma de navegación se cierra entre mediados de noviembre y el 10 de marzo, fecha en que se reabre con la bonanza del mar. El esquema temático es pues sumamente simple: despedida de los amigos y de Roma, alternativas de la ruta marítima, desembarco y encuentro con otros amigos, o actividades como la caza, o visitas a otros lugares, más o menos cercanos o pintorescos. Pero pienso que contra ese trasfondo inequívoco, se despliega un sentimiento de asunción celebratoria, ante la inminencia de un giro que refluirá de otro modo en los hombres y en las cosas. Las rocas, los muros, el mar o las ciudades; el viento, los mármoles, los montes; los amigos, la caza o la reflexión interiorizadora entran así en el espacio lírico que lauda y celebra, con el sentimiento de que todo ello pende en definitiva de un doble ritmo: el de las *cosas* que entitativamente refulgen, porque son lo que son –de los dioses, la naturaleza o el hombre– y el del *espacio* o ámbito de Roma, que las liga en una suerte de trascendencia dentro del tiempo, el azar humano y el *fatum* divino, y que permite por tanto un misterioso despliegue de esa misma categoría entitativa valiosa. El ritmo de las cosas se entraña en la dicción o proclamación del poeta; el ritmo del despliegue completivo se consolida en la gloria de Roma. Las cosas son desde luego, por sí, en el contorno de Roma. Pero son mostrencas y sufren de una marginación irremediable. Advenidas al espacio de Roma, se interpenetran y consagran, y forman entonces parte de la historia *teándrica*, de la que Roma es el centro promotor, constructor y recapitulatorio. Rutilio ejemplifica así, en un momento dramático del mundo romano y con una conciencia inequívoca del fundamento consagratorio del latín, una doble dirección de la palabra poética, dentro de los tres niveles que asignamos a los espacios líricos. En efecto, hablamos de *decir* o *proclamar; laudar* o *celebrar; fundar* o *promover*. Profirente, laudante, fundante, son tres horizontes del sentido lingüístico que en la palabra poética alcanzan puntual perfección. Rutilio se ubica en los dos primeros, en tanto "dice" y "celebra", pero se abre al tercero, al *fundante*, en tanto una oscura premonición de un pasaje inexorable recorta contra los nuevos tiempos la vieja estirpe, contra el ímpetu de las ruinas el fervor de la disciplina romana, contra el designio de una abolición que comienza la irrestricta verticalidad de Roma, coronada por los astros imperecederos. Así entendemos la contextura del primer canto y sobre todo su prólogo glorificante. Veamos algunos aspectos de este sentimiento del contorno celebrado, el que nace o culmina en la magna alabanza de Roma, en la que la palabra ubica su entraña definitiva; en la que las cosas descansan del ritmo que las trasiega y erosiona; en la que el poeta halla el contorno de su propia conciliación con el mundo.

En primer lugar un sentimiento de la costa poblada de burgos, aldeas, ciudades, antiguos puertos de ignota navegación, y simultáneamente un sentimiento de los muros y

3 Cf. Los trabajos de P. DE LABRIOLLE y J. CARCOPINO, en REL. VI. 1928, en particular las precisiones de Carcopino. En la ed. VESSEREAU-PRECHAC, cf. *Introduction. Le voyage*, pág. XII-XIX.

piedras que perimen, de la *ruina* tranquila y honda que las signa, del abandono que de pronto se consuma como un misterio acogido al misterio que ya es cada piedra: "Avanzamos bordeando las riberas cercanas en pequeñas barcas capaces de encontrar refugio en las sinuosidades de la costa. En verano, que el velamen de los navíos de carga afronten el oleaje; el otoño es más seguro en la prontitud que lo rehuye. Costeamos la tierra de Alsium y dejamos atrás el puerto de Pyrgos, con grandes construcciones de caseríos, antaño pequeños villorrios. Pronto el piloto nos señala los territorios caeretanos: el curso de los siglos ha hecho caer el viejo nombre Agylla. Nos aproximamos a Castrum, en ruina por el oleaje y el tiempo, y allí un pórtico vetusto indica una localidad semidestruida[4].

Stringimus + + et fluctu et tempore Castrum
Index semiruti porta vetusta loci.

En medio de las ruinas una imagen de Pan o de Fauno[5]

Praesidet exigui formatus imagine saxi
Qui pastorali cornua fronte gerit.
Multa licet priscum nomen deleverit aetas,
Hoc Innui Castrum fama fuisse putat,
Seu Pan Tyrrhenis mutavit Maenala silvis,
Sive sinus patrios incola Faunus init.

Son a veces las aguas, las que motivan la descripción poética, como en el bello pasaje de las *Thermas Tauri* más allá de Cività Vecchia y del famoso *Portus Trajani*[6]:

Non illic gustu latices vitiantur amaro
Lymphaque fumifico sulphure tincta calet.
Purus odor mollisque sapor dubitare lavantem
Cogit qua melius parte petantur aquae.

Como contraparte, la fétida atmósfera en las ciénagas de *Graviscae*, con sus casas diseminadas, pero en su contorno coronadas de pinos olorosos[7]:

Inde Graviscarum fastigia rara videmus
Quas premit aestivae saepe paludis odor,
Sed nemorosa viret densis vicinia lucis
Pineaque extremis fluctuat umbra fretis.

4 vv. 227-228. Cf. el aparato crítico en la ed. cit. de R. HELM, quien completa el haxámetro con el epíteto *expugnatum*, propuesto por E. BAEHRENS (1883).

5 vv. 229-234. ["A la entrada se yergue en forma de una imagen de modesta piedra, quien porta cuernos en su frente pastoril. Aunque la vetustez haya borrado ya el antiguo nombre, la fama indica que se trataría de "Castrum de Innuo", sea que Pan haya cambiado el Maenalo por las selvas Tyrrhenas, sea que Fauno, lugareño, recorra esas patrias repliegues"].

6 vv. 251-254. ["Allí las aguas no están corrompidas con un sabor amargo, ni las fuentes termales contaminadas con vapores de azufre. Un olor puro y un sabor dulce hacen que el que se baña piense cual sería el mejor uso de estas aguas"].

7 vv. 281-284. ["Luego divisamos los techos diseminados de Graviscas, oprimida a menudo en el verano por el hedor de los pantanos. Sin embargo las vecindades boscosas reverdecen de densas frondas y la sombra de los pinos ondula sobre el límite de las olas"].

Ingresan así a los términos poéticos vetustas aldeas de incógnito origen para el poeta, de historia milenaria en el trasiego de rutas, nuevamente holladas por invasores que buscan el sur beatífico y traslúcido. Más fuerte que esas piedras y esos pasos trágicos, más denso que esa humanidad recatada o dolida, más diáfano que ese brillo incierto que corona lo que obra en las manos de los hombres, en fin más leve y más entrañable, el fulgor de los bosques, el resplandor de las aguas, la prontitud del aire inmarcesible que Rutilio parece sentir como una última caricia del Sur. ¿Volvió acaso el poeta a compartirla, o quedó afincado por la urgencia de los tiempos en los aledaños de su gleba gálica? ¿Murió en la vasta paz romana de un dominio, empeñoso y noble como el dueño, o pereció en las horas desgarradas que hacen de pórtico a la caída de Roma? Nada sabemos, pero pienso que el tono de adiós lírico, la constancia rítmica de asumir el contorno celebrado y en fin el poema inconcluso y trunco nos inclinan más bien a la segunda instancia: que no volvió a Roma y que pereció en alguna contienda de esas horas turbulentas. Leído en esta perspectiva, hipotética desde luego, el poema se colma, en su tranquila secuencia descriptiva, de un aire misterioso y compungido, de un llanto pacífico en el trasfondo de las ruinas, de un melancólico brillo que cubre todos los puertos, todos los montes, todos los caminos. Nos acordamos del verso de Virgilio: *sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt*[8].

En el tramonto del imperio que muere, el poeta diseña el hilo sutil que une en fatídica ligadura histórica las dos mitades entrañables: la de los ojos romanos y la de los ojos que advienen también para cambiar el vasto horizonte de las ruinas. ¿De qué ojos son las lágrimas que recatan los dísticos de Rutilio, y qué cosas nos hacen convivir quince siglos después? Este es el misterio de la palabra lírica, que de la ruina forja un pasaje hacia la gloria, y de la gloria forja un asilo para la beatitud en tiempos indigentes y contradictorios. Las lágrimas son del territorio total que está en el giro o en el pasaje, las cosas son los aledaños dichosos por su resplandor o por su aura intemerata; pero la palabra lírica es ese hilo sutil que asume y configura, celebra y salva del olvido, anuncia y ciñe con el fervor de una nueva aurora compartida. Lo que sentimos quince siglos después en otro tramonto que se inserta en los que ya anida el cielo imperturbable, lo que sentimos quince siglos después en el último tramonto del orden romano, es la contradicción entre la piedra y el hombre, entre la fronda y las manos, entre las nubes magníficas y resplandecientes y el imperio del hierro y el cemento que esclavizan. Otra vez los pasos trágicos sobre las rutas del mundo, otra vez incógnitos puertos e incógnitas murallas, otra vez un poeta que vuelve a su entrañable gleba y perime en el tumulto de días destronados. *Quo usque tandem, Domine*?

Sobre el nivel de las cosas, como configuraciones simples o tramadas, se abre el nivel de los contornos propiamente dichos, en cuyo resumen Rutilio exhibe algo de moderno, lo mismo que los mejores poetas de su tierra y de su siglo. El horizonte fuliginoso de los montes o del mar, el resplandor de los bosques, el brillo de mármoles lejanos, una sutil atmósfera traslúcida que a ciertas horas envuelve el recinto de las colinas romanas; o bien el rumor entremezclado que desde Roma llega hasta el puerto del Tiber en el sereno silencio de la espera para zarpar, el golpe de los remos o el fragor de un oleaje tranquilo o súbitamente enardecido, en fin los vientos que en variada secuencia coaligan el contorno, lo estremecen, lo entreabren o cancelan con ímpetu soberano. Hay aquí una sensibilidad alertada y diáfana, una observación que se trueca en signo convivido, un poder lírico dis-

[8] *Aen.* I. 462. ["Lágrimas hay de las cosas, y tocan la mente los cursos mortales"].

creto, pero no menos hondo, como toda el alma de Rutilio: severa, noble, piadosa, atenida a pensar que en los hombres y en las cosas puede regir todavía el imperio de una armonía que él ha practicado en el gobierno de la ciudad, una armonía divina y humana como Roma que la funda para todo el orbe. Y es éste el máximo contraste: en un imperio que muere, el alertado vigor de una armonía incontrastable; en una discordia irrevocable entre estirpes misteriosas, la profunda seña del hombre, ser hombre para los hombres, no contra los hombres; en una ruina que suma a los incendios el fervor de un polvo milenario, la incontrovertible certeza de que el orden romano es como diría Keats *a joy for ever*, un gozo para siempre. Extraño Rutilio en un siglo de sacudimientos insólitos, extraños ojos que rompen la clausura mostrenca de las horas o de los términos concisos, extraña vigencia de un alma conmovida que en un viaje de rasgos cotidianos presiente el fervor compartido de cada piedra, cada brisa y cada fronda. Pero también extraño contraste de un romano por adopción que se ha hecho tan entrañablemente romano que confunde su personal trasiego embellecido por la poesía con el posible rumbo de todos los humanos y que no advierte entonces en los tiempos germánicos de Roma otra noche y otra aurora.

De cualquier modo, el sentimiento del contorno celebrado es muy hondo y diáfano en el poeta, casi diría que es a nivel de Rutilio la experiencia fundante, desde cuyo centro descubre todo lo demás. Así, en trance ya de zarpar, mientras esperan la hora y el viento propicio, dice Rutilio: "Sentimos un gozo en dirigir sin cesar nuestras miradas hacia la Urbe aun cercana, en seguir los montes con una vista que apenas alcanza (*et montes visu deficiente sequi*), en orientar nuestros ojos de modo que puedan gozar todavía de esa región entrañabale (*quaque duces oculi grata regione fruuntur*), mientras piensan que pueden distinguir lo que aman. Y ese lugar, a lo lejos, no lo distingo por las señales de humo, como dice Homero, ese lugar que encierra las colinas soberanas y la cabeza del orbe". Y agrega[9]:

Sed caeli plaga candidior tractusque serenus
Signat septenis culmina clara iugis,
Illic perpetui soles atque ipse videtur
Quem sibi Roma facit, purior esse dies.

o sea, "sino una franja del cielo, más resplandeciente, y un horizonte diáfano signan los techos que resaltan sobre las siete laderas. Allí los soles parecen perpetuos y el mismo día que Roma se crea para sí parece más puro". Dos bellos dísticos sin duda, que concentran en el momento de la partida ese sentimiento del contorno, insumido en esa luz más pura (*dies purior*) que configura el contexto de las colinas romanas.

Un segundo ejemplo notable es la llegada a *Portus Lunae*, así llamado por el resplandor de los mármoles: blancos o de un tinte azulado. En Luna, o Carrara, se interrumpe para nosotros en medio de un blancor que nos asombra el itinerario de Rutilio. El contorno se ha hecho total, níveo, de intactas nieves como dice el poeta, de intactos fulgores que nos dejan en la memoria de la luz. Qué extraño y brusco corte, si pensamos en la sombra que se cierne sobre Roma e Italia, pese a la protección de los Apeninos, según canta Rutilio. Pero esas marmóreas esplendencias corresponden al sentimiento de plenitud indeficiente que alimenta la experiencia de Rutilio y que de esos contornos se transfiere a los hombres, los hechos, los recuerdos. El níveo blancor intacto de *Portus Lunae* es

[9] vv. 197-200.

el símbolo lírico de un alma transverberada por la belleza, de una mente inclinada a la luz que transfigura, de un ritmo lírico que goza en su virtud, porque traslada a los horizontes de música y de lumbre, entrañables y sagrados. Pero también ese blancor y esas nieves, contracanto del contorno solar de la divina Roma y sus soles perpetuos, abren una vía de interpretación simbólica más honda. Pues los fulgores de Roma y los fulgores de de *Portus Lunae* resultan en cierto modo colocados en perspectiva de *katábasis*, de resolución consagratoria a la tierra. ¿Qué resplandores habrá entrevisto en las Galias, qué luz habrá conmovido su lenguaje en el tramo final de su destino? Solar, selénico, telúrico el poema de Rutilio resulta así impensadamente tal vez, un canto a la antigüedad que se cancela, a las potencias numisosas, cuya coronación sorprendente es una ciudad de los hombres, convivio de los dioses, pasaje y coyuntura para los siglos que vienen.

III

Los ejemplos del contorno celebrado podrían multiplicarse en la doble instancia que le damos de modo recapitulatorio: las cosas o los horizontes contemplados con ojos que se adentran, y celebrados en sosegado ascenso lírico. Conviene sin embargo completar este despliegue con el segundo motivo de muestras reflexiones, o sea, el sentimiento de los conflictos históricos.

En tres direcciones se advierten estos conflictos en la temática de Rutilio. Las tres denotan la notable romanidad de Rutilio, el giro ineluctable del siglo V y las profundas confrontaciones espirituales, más dramáticas que las ruinas ostensibles y externas, confrontaciones que a nivel de la filología interpretamos como choques de lindes semánticos, como recognición implícita de sus campos conflictivos, pero que a nivel histórico y teológico asumen resonancias más vastas, aun hoy vigentes en el contorno espiritual de Occidente. La más importante de esas tres direcciones corresponde sin duda a la coyuntura germánica de Roma, en el período del emperador Honorio y sus vínculos y conflictos con el germano Estilicón[10]. El poema denota en tales recursos un recuerdo imborrable, que probablemente habría de explayarse en el segundo canto, si nos atenemos precisamente al pasaje sobre Estilicón. Rutilio habla en general de *Getae*:

Ergo age, sacrilegae tandem cadat hostia gentis,
Summittant trepidi perfida colla Getae[11]

Las tropas géticas, las armas géticas, los tumultos géticos, las traiciones géticas, todo ello pasa en rápidas alusiones, que descubren el sentimiento de este conflicto: los germanos no participan del beneficio del orden civil romano y no se incluyen en la vasta regimentación jurídica y política de la Urbe, y en consecuencia se contraponen a lo que en la lauda de Roma es el signo de su augusta verticalidad imperial[12]:

10 Cf. W. ENSSLIN, *Das Römerreich unter germanischer Waltung, von Stilicho bis Theodorich*, en *Das neue Bild der Antike* (I) pág. 412-432. Koeler und Amelang, (Leipzig, 1942).

11 vv. 142-143. ["Por eso, adelante! Caiga al fin como víctima un pueblo sacrílego, y que llenos de temor doblen los pérfidos Getas sus cuellos"].

12 vv. 64-66. ["Para los más diversos pueblos hiciste una sola patria y fue un bien para los exentos de

Fecisti patriam diversis gentibus unam;
Profuit iniustis te dominante capi.
Dumque offers victis proprii consortia iuris,
Urbem fecisti quod prius orbis erat.

Pero sobre todo el poeta mantiene vívido el recuerdo del vándalo Estilicón y de la historia turbulenta que se prosigue hasta el saqueo de Roma por Alarico, el 24 de agosto del año 410. En el reducido comienzo del libro II, después de abandonar el puerto de Pisa, ante el horizonte de las laderas apeninas, nos presenta la imagen de Italia, *domina rerum,* a la que *consilium dei excubiis Latiis praetexuit Appeninum* [13]. Sin embargo esa defensa fue superada por las traiciones de Estilicón, quien previamente hizo quemar los oráculos sibylinos, custodiados en Roma [14]:

Quo magis est facinus diri Stilichonis acerbum
Proditor arcani quod fuit imperii.
Romano generi dum nititur esse superstes,
Crudelis summis miscuit ima furor,
Dumque timet quicquid se fecerat ipse timeri
Inmisit Latiae barbara tela neci.

De esta ensombrecida historia del siglo V, un eco naturalmente trunco queda en el poema. Pienso que contrastaría, como un trasfondo de sombras ominosas, con el sentimiento del contorno celebrado, de las viejas piedras y los viejos pueblos, y que en consecuencia el poema comportaría una suerte de polaridad constructiva, hoy apenas intuible en su condición fragmentaria. Pero esas sombras eran realmente sobrecogedoras. He aquí el resumen de unas páginas dramáticas, pertenecientes a un historiador moderno, Erns Hohl [15]:

En la complicada tensión entre oriente y occidente, en las luchas entre romanos y germanos, y en las disensiones y alianzas entre jefes bárbaros, Estilicón y Alarico dominan esta primera década del siglo V. Para liberar a Italia de los bárbaros había desguarnecido Estilicón la frontera del Rin. Esto permitió un desborde de los germanos, que invadieron las Galias, las que junto con Britannia quedaron momentáneamente separadas del Imperio. Entretanto el godo Alarico amenazaba Italia por el Noreste. Estilicón, enfrentado con el godo, accedió a pagarle una fuerte cantidad de oro, para lo que debió presionar al Senado romano. Este fue el comienzo del fin para el vándalo, pues sus anteriores triunfos militares y su estrategia política quedaban anulados por la pérdida de las Galias, mientras que las victorias sobre los germanos perdieron sentido, en cuanto la política interior del

justicia ser incluidos en tu señorío. Y en tanto ofreces al vencido la suerte común de tu propio derecho, hiciste una ciudad de lo que antes era el orbe"].

13 v. 17 y vv. 32-33. ["El designio de un dios ha distenido el Apenino frente a los centinelas del Lacio"].

14 Lib. II, vv. 41-46. ["Por eso es mucho más amarga la traición del terrible Estilicón, porque fue el entregador del arcano del Imperio. Mientras se esfuerza por superar y sobrevivir a la estirpe Romana, la cruel barbarie mezcló las cosas supremas con las nefastas y mientras teme todo lo que él mismo había hecho para ser tenido, introdujo las armas de los bárbaros para exterminar el Lacio"].

15 ERNST HOHL, *El Imperio Romano*, en HISTORIA UNIVERSAL, dirigida por W. GOETZ Tomo II. Espasa-Calpe, (Madrid, 1945), pág. 517-520.

imperio occidental capitulaba ante el germanismo, que por una especie de penetración pacífica seguía apoderándose del estado y del ejército. La oposición romana contra el vándalo partió del Senado, alarmado por las tratativas entre el vándalo y el godo, a lo cual se sumó la destrucción de los libros sibylinos [...] El movimiento cundió entre los soldados romanos; se produjeron matanzas en los grados superiores del séquito imperial. Honorio, intimidado y desconcertado, dispuso entonces la ejecución del vándalo, lo que causó una vasta conmoción en el ejército romano germánico. Se produce entonces la invasión de Alarico, que culmina con el saqueo de Roma en agosto del año 410, y posteriormente la muerte de Alarico en Cosenza. Según la balada heroica de la antigua leyenda, el ejército godo, en su tristeza y en su luto, desecó el lecho del Busento, para depositar en él el cadáver del jefe godo y hacer pasar el agua otra vez por el antiguo curso.

¿Qué sentimientos ocasionaron en Rutilio estos sucesos? Su viaje es justamente posterior a ellos y en consecuencia marco evidente de una meditación compartida con amigos, colegas, funcionarios. Desde este punto de vista, la segunda parte del poema, donde la figura del vándalo Estilicón abre una perspectiva de resumen histórico, hubiera contenido –o contuvo– una reflexión más compleja del mundo bárbaro, sobre todo si el poema se concluyó en las regiones asoladas de las Galias. Curiosamente diseñaríase así en *de reditu suo* un eje temporal que asumiendo las más lejanas presunciones de la historia itálica (en esa rápida reanudación de ruinas y de glorias) progresa hacia las coyunturas contemporáneas del poeta y por ende hasta los conflictos que abren en el mundo romano los aledaños de otras épocas. El eje temporal parece trascendido sin embargo por el espacio fundacional de Roma.

El segundo motivo de contraste histórico-espiritual se refiere a los hebreos, que Rutilio parece conocer bastante, probablemente a causa de sus funciones oficiales y administrativas en la urbe. Pero naturalmente no puede interpretar el sentido de la religión judaica, que se le presenta con caracteres de total extrañeza. En efecto, las circunstancias cambiantes del itinerario, al llegar a Faleria, promueven dos descripciones curiosas: las fiestas de Osiris y la discusión con un hebreo. Supongo que hay una intención en el doble relato, pues los dísticos, consagrados al culto egipcíaco, traducen en realidad un cierto desglose o contraste con el motivo de la resurrección de Cristo, referencia religiosa que no podía ignorar el poeta. Por otra parte, la figura del hebreo y el recuerdo de Pompeyo y de Tito nos retrotraen a los enfrentamientos entre la romanidad y el pueblo bíblico.

En fin, el tercer motivo se refiere específicamente a los cristianos y más concretamente al monacato cristiano, sobre el cual en rápido trazo, en dos momentos del poema, Rutilio recapitula el último lapso de una confrontación entre paganismo y cristianismo, confrontación que muere precisamente en el contexto romano-germánico [16].

La disyunción con el oriente hebraico-cristiano y la recognición de la estrategia de los pueblos del norte conmueven sin duda las reflexiones de Rutilio, las recortan en su tendencia específicamente romana en un siglo en que el imperio camina hacia su fin, en un contexto que afirma finalmente la cancelación del hombre romano. Como veremos, todas esas instancias y contradicciones se resumen en un pasaje famoso del poema, que comentaré al cerrar esta disertación.

16 Cf. PIERRE DE LABRIOLLE, *La Réaction Paienne*. L'Artisan du Livre, (Paris, 1945), en particular la quinta parte, pág. 467/sgs.

IV

Impensadamente hemos llegado al tercer giro de nuestras referencias: la romanidad de Rutilio y la perennidad de la *virtus*. Resumiré en breves trazos esta cuestión decisiva, que nos permite culminar el comentario con una valoración más amplia del poeta. Los detalles descriptivos del poema y el sentimiento que lo cohesiona con fuerza conmovida y consciente definen una condición lírica, que vence la forzosa fragmentación del itinerario. En este aspecto el texto exhibe una delicada y vigorosa capacidad reconstructiva, la entrañable presencia de una refinada cultura, la radicación lo que puede ser, todavía, a nivel del siglo V expresión de las antiguas connotaciones romanas. Para nosotros, a quince siglos de distancia, nada más intenso y dramático que el contraste de ese sentimiento de perennidad en Rutilio y el espectáculo de las ruinas del imperio, cruzado por tempestades interminables, declinante y vigoroso al mismo tiempo en el trasiego histórico, espacio irrepetible de una vasta conciliación del mundo y del hombre. Pienso que en la medida del contracanto profético, oculto siempre en la naturaleza de la palabra lírica, la exaltación laudatoria de Rutilio es el último destello de la romanidad a secas, lo que impide por otras razones más profundas suponer una conversión del poeta al cristianismo. Este último destello de romanidad, erguida en un lapso en que las ruinas lo sepultan todo, ese vigor de un latín que anuda en una semántica la personal conmoción de un poeta y el destino misterioso de una ciudad y de un imperio, esa congruencia de glorificación convivida y profético horizonte recapitulado confieren al texto de Rutilio, pese a su ostensible modestia, un lugar muy característico en el despliegue de la poesía latina desde los días de Ennio. Pues ahora no es la grandeza de la antigua saga, no es el recuerdo de magnas figuras históricas que convivieron en el Quirinal o en el Aventino la decisión inicial de los dioses sobre Roma. El tiempo de las *kratophanías* romanas ha pasado, el tiempo en que el romano, conductor de ejércitos, perito en el arado, diseñador genial de una geopolítica de los caminos concertados, de la *via sacra* que es patencia de la ciudad que se despliega y se concentra, artífice del agua, fecunda y numinosa, profirente de una sacra semántica de la ley que salva, rudo y fino, compasivo y poderoso, autor de una concordia dispensadora, abolida por nuevas energías y nuevas guerras inmisericordes.

Rutilio siente con profunda severidad intuitiva el contraste con el germano sin afincamiento alguno en tales dimensiones, y no comprende que la ineluctable abolición es parte del cumplimiento histórico. En tres direcciones expresa el poeta ese refugio inviolable de la romanidad. Siendo galo, es decir bárbaro también, reanuda el sentimiento de que la tierra y los hombres gálicos son hechura de Roma, o sea, de un poder numinoso que incorpora, trasiega y consolida, de una *virtus* intacta que transcurre como una energía conciliante entre la tierra y los humanos. En segundo lugar, en el sentimiento de la amistad romana como categoría que deriva de la fidelidad a Roma, como un vínculo en que crece de un cierto modo, en esos tiempos turbulentos, la antigua cepa de la romanidad. En el itinerario es por eso importante el tema de los amigos, en que se espeja el horizonte de la *virtus* que perdura; amigos que se despiden, se reencuentran o se recuerdan, amigos que comparten, no cabe duda, una diáfana conciencia espiritual, como último testimonio de una humanidad que pasa. En esos círculos romanos, itálicos o galos, se convive y se medita el destino que los envuelve, el rumbo de los acontecimientos, el delicado imbricamiento de una alta cultura filosófica y humanística. Podríamos pensar en un neoestoicismo

romano, en un siglo de definitivas cancelaciones, aunque predomina no tanto un contexto filosófico reflexionado, cuanto un ámbito empírico interiorizado y en vigilia.

Y así definiría el nivel lírico de este poema sorprendente: la última interiorización romana de Roma, al margen del germanismo que es el ímpetu del *Geist* que se incorpora a la historia por el trasiego romano; al margen del cristianismo que define otro contexto entre el cielo y la tierra, ajeno por completo a la mentalidad de Rutilio. Bastaría esta simple reflexión para cancelar toda hipótesis de un Rutilio cristiano. No. Rutilio es el último romano consciente de la sublime virtud de la Roma arcaica y eterna. Fácilmente damos a tal configuración humanística el nombre de "pagana". Pero las crueles tormentas contradictorias con el espíritu del Evangelio, tal como acontecen en estos años sombríos del occidente cristiano, deben incitarnos a una prudente cautela. De cualquier forma, en esta última interiorización de la *virtus* romana, en un siglo en que el espacio romano se colma de otras energías contrastantes, radica la experiencia profunda que lleva al elogio de Roma, tercer motivo recapitulatorio de todos los demás.

Este texto ocupa una parte fundamental del libro I, entre los versos 43 y 164, es decir un pasaje significativo en cuanto a la extensión. Recordemos algunos momentos muy característicos:

> Interminables besos sello sobre estas puertas que debo abandonar, y con pesar mis pies cruzan los umbrales sagrados. Pido ocasión a mis lágrimas y ofrezco un sacrificio de alabanza, mientras el llanto permite proferir palabras. Escucha, oh reina la más hermosa en un mundo que es tuyo, oh Roma transfigurada entre los astros del cielo. Escucha, madre de hombres y madre de dioses: en el recinto de tus templos no estamos lejos del cielo. Entono un canto en tu elogio, y te cantaré siempre, mientras los hados lo admitan. Olvidos insensatos podrían sepultar el sol, antes que tu gloria se aparte de nuestro corazón. Pues tú prodigas dones, iguales a los rayos del sol, a través de las ondas de un mar que nos circunda. Para ti Febo que todo lo contiene se desplaza por el cielo; en tu horizonte nacen, en tu horizonte se ocultan sus caballos. No te ha impedido la marcha la Lybia de arenas ardientes, ni el septentrión te ha rechazado con sus hielos. Y todo lo que la natura, colmada de vida, ha dispuesto hacia los polos, ha sido una tierra abierta a tu virtud. Para todos los pueblos hiciste una sola patria y fue un bien para los exentos de justicia ser incluidos en tu señorío. Y en tanto ofreces al vencido la suerte común de tu propio derecho, hiciste una ciudad de lo que antes era el orbe [...] Las fuerzas de tus armas se mitigan en tu clemencia victoriosa, y en tu temperamento se alía el sentido de dos divinidades. De allí te viene el gozo honesto de combatir y perdonar: a los que te traen inquietud los dominas, y a los dominados los amas [...] Tú también habiendo abrazado el mundo con tus triunfos que se hacen leyes, haces vivir a todos en un pacto común. A ti, oh diosa, te celebra el romano que ostenta una cabeza libre bajo un yugo pacífico. Y todos los astros que perduran en sus órbitas eternas, no han visto ningún imperio más bello[...] .

Son suficientes estos pasajes para advertir el tono y el contenido lírico de estas *laudes Romae*, más dramáticas y bellas, si pensamos en los acontecimientos ulteriores al año 416 y el fatídico horizonte de este siglo. Pienso que es un poema, un breve *epyllion* que fue redactado independientemente del itinerario, tal vez en medio de las agitadas luchas entre los años 408 y 410. El poeta llevó consigo el rollo del poema y durante el viaje, la relectura o corrección, ya que revela una afinada lima, le sugirieron la composición del itinerario mismo. Pero por una inferencia concurrente creo que jamás concluyó el segundo canto, pues la experiencia del mismo itinerario le demostró que los tiempos giraban hacia otros aledaños y que los días empíricos de Roma recalaban en otros puertos, mientras los días eternos de la *virtus* incontrastable asumían el fundamento inviolable de una historia universal, signada por otras ráfagas y otros navegantes. Italia y las Galias estaban ya en medio de los acontecimientos germánicos incontenibles y la tenaz guerra civil entre oriente y occidente preludiaba otros rumbos y otras decisiones. El elogio de Roma en el poema de Rutilio es un signo lírico de considerable valor metafísico, pese a la modestia del poema. En primer lugar, *virtus* romana y palabra lírica coinciden en el perenne nivel de lo que rige. No se trata entonces de una fácil retórica de escuela, sino de una experiencia imborrable de la categoría teándrica de la historia convivida, y de un nítido verso que profiere y afinca en una alabanza que funda. Y de esto tiene conciencia Rutilio, si recordamos el dístico que dice:

Oramus veniam lacrimis et laude litamus
In quantum fletus currere verba sinit [17].

En este sentido, aunque Rutilio no es cristiano, según dije, propone en esta valoración de la palabra laudante un misterioso vínculo con aquello que él mismo combate. En fin, en el ordenamiento lírico que propone el extenso pasaje, en eso que llamé verticalidad de Roma, es decir, el eje mundano de la historia universal, la fuerza modesta del poema recoge todos los aledaños del mundo y en un último acto de radicación lingüística nombra las cosas, las *res romanae,* las *res italicae,* que pasan a estar en un linde del mundo que viene: en la oscuridad que se adensa, la virtud del *románico* que refulge.

En segundo lugar, según ese territorio lírico quedan confrontados para siempre todos los campos semánticos de occidente, pero en particular el universo de la *kratophanías* romanas, abismal revelación de la deidad en la historia; los horizontes inalcanzables y profundos del *Geist* germánico, como una energía que procede de otras fuentes y manifiesta otra potencia espiritual; en fin, las *hierophanías* y *theophanías* advenidas en el territorio cristiano, pero que inevitablemente deberán conciliar las dos anteriores, que las ciñen o la plenifican, o sea, lo que llamo de modo paradigmático la *virtus* romana y el *Geist* germánico.

V

Recapitulemos nuestro discurso interpretativo para ceñir en pocos párrafos el ascendente paso que nos trajo nuevamente ante los muros de Roma, esta vez translúcidos en el ful-

17 vv. 45-46. ["Pido ocasión a mis lágrimas y ofrezco un sacrificio de alabanza, mientras el llanto permite proferir palabras"].

gor de la palabra lírica. Luego de ubicar al poeta y la ocasión de su poema, hemos señalados tres capítulos hermenéuticos que pueden entreabrir estratos más hondos de este último texto romano: el sentimiento del contorno celebrado, el sentimiento de los conflictos históricos, la perennidad de la *virtus* romana en una experiencia probablemente sobrecogedora, que se hace exaltación lírica en las magnas laudes de Roma. Abandonando el trillado curso de una explicación literaria positivista, hemos intentado reabrir a la comprensión filológica el obumbrado y recóndito espacio de la semántica lírica. Y hemos visto que el poeta y su poesía miran a dos riberas que se contrastan en este siglo V: la ribera culminante del latín imperial, la ribera de la *katábasis* de Roma, forzoso cumplimiento de toda existencia profunda, de toda existencia que no se confunda con el mostrenco agregado de hechos momentáneos. Pero al mismo tiempo la reflexión que interioriza, transcurre en un siglo, nuestro siglo, que afronta trágicas conmociones en Occidente, que son otra vez, aunque de otra manera, vastos sacudimientos de Roma. Por eso, así como al reconocer el heroísmo o la crueldad en los últimos y presentes conflictos, podemos entender mejor la fuerza de los conflictos romanos y ser más prudentes en el juicio sobre Cicerón, César o Pompeyo, así al meditar la universal guerra contra el *limes* de la semántica romana, que no son ahora el Rin y el Danubio, comprendemos mejor el curso lírico de Rutilio, y observamos con él en la expectativa de las sombras el destino de las naciones, herederas de Roma. Un fuliginoso y cárdeno horizonte anuncia tempestades que abruman y en el caliginoso combate la lumbre parece difícil e incierta. En América hispánica, territorio de la lengua imperial, se sacuden los cimientos de todos los pueblos que buscan una senda que no sea esclavitud, y que sea justicia romana en el sentido de Rutilio. En esa América que es todavía expectativa de historia universal pienso transcurre el último capítulo de una fluencia lingüística, que nos pone como signo revelatorio de la marcha hacia el fin. Pero también en esa expectativa se abre la reasunción de la *virtus*, de modo que tal vez podríamos oír desde lo alto y lejano un grito sobrecogedor que lo anuncie: *inter ruinas virtus virescit*.

De cualquier forma los tiempos que describo simbólicamente, nos imponen el triunfo de la profundidad de la *experiencia*, la consciente pedagogía de lo originario y pleno, contra lo obsoleto y vacío, el reabrir las fuentes de los recónditos poderes de un espíritu que convive las totalidades fundantes, el sabio cuidado del mundo que nos cuida, sede y expectativa de las energías numinosas. Si no combatimos según esta estrategia, el *limes* se derrumbará y será incierto en el fragor de lo que adviene el destino de los pueblos y de los hombres. Rutilio con su interminado viaje lírico, con su experiencia de magnas tensiones que nos asombran, define con nítido recaudo el destino de todo tiempo trágico: *laude litare*, para que el alma viva de lo supremamente valioso y corone su existencia con el frescor de los orígenes en un mundo gastado. A quince siglos de su entrañable y límpida patencia, a quince siglos de un imperio que muere, desde las riberas de esta América enigmática lo recordamos con profunda piedad y profunda resonancia, que se confunde con el rumor de este oleaje enigmático, en este bello contorno de la roca americana, en este puerto que anida expectativas que salvan, en este Val-paraíso de las navegaciones incógnitas hacia incógnitos aledaños del alma en busca de su cuna.

Entre los viajes de retorno y los viajes de inicio, entre las ruinas sagradas y una tierra vigorosa que espera el alumbramiento de un pensar irrestricto, entre las sacras penumbras de un mundo acontecido y el brote misterioso de una América expectante, transcurre la delicada textura de una palabra que concilia en el alma del maestro; que desoculta y con-

mueve en el alma del discípulo; que consuela y consolida en el rigor de coyunturas impensadas. Nuestra tarea en el espejo diáfano de un Rutilio conmovido y en vigilia es el reinicio de la marcha, entre las ruinas de un mundo cruel y despiadado que ha perdido la *pietas* antigua y que desprecia la *fides* agapística. Nuestra tarea en el espejo diáfano de un poema noble y sencillo como el alma de un noble romano, propuesto al cuidado de los hombres y las cosas, es convivir la alabanza que salva, suscitar los orígenes que empeñan vigorosos ciclos contrastantes, venerar la muda ceniza que nos cuida con la pasión de un fuego no extinguido. Y nuestro itinerario tiene un rumbo y un horizonte, esconde el fervoroso clamor de un navegante estremecido, entre las olas que recelan ya su mansa pertenencia a playas sosegadas, el clamor que propone como un descubrimiento fervoroso: magna Roma a la vista!

RUTILIUS, POET IN A DECAYING EMPIRE

After stating the importance of Latin philology in the interpretation of the decanting of the perishing Roman Empire to the Middle Age, the author restates the presence of the poet Rutilius Claudius Namaciano in that conflictive beginning of the 5th century. In that period, in fact, both Romanism and Germanism, and Romanism and Christianism are dramatically confronted. Also, the intuition of an imperishable Rome is reflected over the semantic confrontations which will give birth to "Romania".

The poem *De reditu suo* is symbolically valuable regarding the ruin and lapsing of Rome, regarding its essencial level of glorious historical mediation, regarding the foundations of the poetic word conceived by the author as an aesthetic plane of true ontic basis, as seen by the great poets of the 19th and 20th centuries.

Three fundamental motives considered as principles of philological reinterpretation of the text stand out in this analysis: 1) the feeling for the surrounding, as time links the different moments and stages; 2) the feeling for the historical conflicts, since Rutilius lives through some decisive episodes in those dense years; 3) Rutilius's idea of *Romanidad* (Romanity) as an eternal *virtus* feeling. This perpetuity coincides with the energy in the word *lyrica*.

1) A feeling for the coast, the villages, the town, the ancient harbors; a feeling for the walls and stones that surround them, for the quiet and deep *ruina* that marks them-feeling that constitutes an important background of the lyric-narrative text. It is the streams, or the stinking atmosphere of the marshland, or the mountain crests crowned by pine trees which motivate the poetic description. The arrival at *Portus Lunae*, so called because of its sparkling marmors, illustrates this feeling.

2) The feeling for historical conflicts takes three different directions. Undoubtedly, the most important corresponds to the Germanic-Roman conflict during the time of Emperor Honorius and his ties and quarrels with the German Estilicón. The second has to do with the Hebrews of Rome - whom Rutilius seems to know well due to his official administrative jobs in the *Urbe*. The third deals with the Christians, and particularly with the monkhood, which draws a horizon of peculiar resonance in the poem.

3) The poem entails a view of *Romanidad*, an exaltation of the Roman *virtus* –previously described by Ennio in the early beginnings of Latin poetry. The author analyzes in detail the book I, v. 43-164 (laudes Romae) where this word *lyrica*– meant to prevent the transfiguration of Rome – reaches its highest level in the essay. In the line of this interpretation, this text could be considered an *epyllion*, the original nucleous of the poem, probably. While returning to his homeland, Rutilius may have added the rest of the story to taht *epyllion*, which might be considered as a diary whose conclusion (truncated by the state of the manuscript) may correspond to the Gallic contour of his possessions.